

UN TRATAMIENTO PSICOANALITICO DE LA PARANOIA

Amparo Cabrera
Licenciada en Psicología
Psicoanalista

1. LA TRANSFERENCIA

La práctica clínica ofrece ocasiones en las que es necesario atender al hecho de que las palabras son tanto sonidos como significados y, además no existe una relación biunívoca entre ellos.

Cualquier terapeuta que haya trabajado con un paranoico habrá podido observar de qué modo son entendidas las explicaciones que él aporte acerca de los pensamientos delirantes, a su paciente. Si un terapeuta trata de mostrar a un paranoico que es imposible que tenga una máquina en la cabeza que le dirige todos los actos, o que es igualmente improbable que siempre esté vigilado por alguien que toma diversas formas humanas, seguramente se arrepentirá pronto de haber emprendido tal hazaña, porque su paciente quizá comience a pensar que si el terapeuta sabe que tal persecución no es cierta es porque él es el jefe, el amo de los perseguidores, porque él es el que le quiere destruir. El paranoico puede pensar que si alguien sabe y trata de convencerle de que tal cúmulo de pruebas como le han sido presentadas acerca de la persecución y amenazas de destrucción que sufre, no son más que el producto de sus pensamientos enfermos, es porque quiere hacerle creer que está enfermo, para así destruirlo con más facilidad. El pensamiento paranoico no carece de lógica.

A cualquier neurótico le parecería lógico pensar que para reconocer que alguien es un genio, por ejemplo, hay que ser un genio, por ello los genios raramente son reconocidos por sus coetáneos, es necesario que pase tiempo y que el genio esté muerto para que se reconozca, generalmente, la valía de sus pensamientos. Del mismo modo nadie puede saber desde fuera si determinado complot para destruir a una persona es falso, habría que entrar a formar parte del complot, al menos hasta el punto de conocer sus reglas de funcionamiento, sus razones, para estar en situación de juzgar, pero entonces, si hay alguien que conoce tanto algo que permanece tan escondido... ¿Cómo es posible que sepa tanto si no es parte de él?

Indudablemente esta es una dificultad importante al momento de plantear un tratamiento psicoanalítico o, en general, psicológico, de un paranoico. Cualquier explicación, cualquier muestra de saber puede convertirse en amenazante y es difícil no saber nada cuando uno ha sido precisamente consultado como terapeuta acerca de un sufrimiento.

Desde esta perspectiva, situar la posición del sujeto respecto del lenguaje permitirá entender lo que ocurra relativo a la transferencia en el tratamiento psicoanalítico de la paranoia. No voy a entrar en la discusión, clásica en Psicoanálisis, de si es posible la transferencia

en las psicosis. Voy a partir de que los psicóticos son Sujetos del Lenguaje y, por ello, susceptibles de entrar en un proceso transferencial.

Esta dificultad del pensamiento paranoico se puede plantear con el Algebra Lacaniana relativa al encuentro del Sujeto con el Lenguaje.^{1,6} Este encuentro no tendría por qué ser traumático, podría ser algo fácil y sencillo, pero la clínica muestra cómo los distintos manejos que las personas llevan a cabo con el Lenguaje tienen relación con lo traumático de este encuentro, o, planteado de otro modo menos evolutivo, cada vez que una persona habla vuelve a presentificar este encuentro.

Definamos este encuentro: El Sujeto para existir debe realizar la operación de excluirse del Lenguaje, operación que produce, utilizando los términos de Lacan:

«S» Un sujeto.

«A» el Otro (El Lenguaje).

«a» el objeto a (un resto, lo que queda en cualquier división que no es exacta, puede tomar este lugar el semejante).

Desde la exclusión el Sujeto del campo del Otro, el Sujeto ha ganado su existencia, pero esta operación le sitúa ante la Demanda del Otro, ante lo que el Otro le pide, ante los Significantes del Otro. Al Sujeto podría no importarle nada estos significantes, pero le importan, podríamos decir, por amor propio. Estos significantes le definen ante el caos de sensaciones que supone la inmadurez fisiológica. Los significantes del otro le dan una unidad cuando formalizan si tiene hambre, sed, si es un bebé tranquilo. El Sujeto por amor a sí mismo, ama al Otro, al Lenguaje e intentará satisfacer la Demanda del Otro, adecuarse a sus significantes. Esta posición se conoce en Psicoanálisis como la identificación al falo

imaginario de la Madre. Esta posición se toma para obtener una cierta definición desde el lugar del Otro, para no quedar sumergido en el caos, pero una vez tomada no conduce a un bienestar estático, a un *nirvana*, todo lo contrario, es una posición terriblemente amenazante, pues si la identificación al falo imaginario es total, si la adecuación a los Significantes del Otro es perfecta, el Sujeto definido como algo excluido del Lenguaje deja de existir, ya que se adecua, se acopla, perfectamente a él.

El objeto a, en la paranoia especialmente, puede tomar el valor del semejante, en la medida en que el semejante es visto totalmente, entero, como una unidad, puede tomar el valor de lo que satisface la Demanda del Otro, lo que, de algún modo, no se ha separado del Otro.

Desde el Algebra Lacaniana esta dificultad toma la siguiente forma: cualquier explicación terapéutica puede situar al terapeuta en el lugar del Otro al que se ama y se teme, pues proporciona cierta posibilidad de vida con sus palabras que unifican, y también puede dar la muerte con sus palabras que impiden la existencia independiente del Sujeto que se adecua totalmente a ellas. El lugar del saber es amenazante.

Si ante esta dificultad tomamos el camino de conversar, de plantearnos como semejantes, podemos correr el mismo riesgo, pues el semejante en la paranoia, por su valor visual de completud puede tomarse como lo que completa al Otro, excluyendo al Sujeto de la dinámica de identificación a lo que satisface la Demanda del Otro, dinámica delirante pero que le permite existir.

Hay, por tanto, una Teoría para entender esta dificultad para el abordaje terapéutico de la paranoia, pero no creo que se pueda deducir una única técnica general que sirva para cualquier caso y para todo terapeuta. Pero se puede analizar

cada caso y la forma específica en que se haya planteado teóricamente el trabajo terapéutico.

Entre los datos de la historia del caso que voy a presentar, cabe rescatar, por la significación psíquica que van a tomar, los siguientes:

Se trata de un niño de diez años que está escolarizado desde los cinco. Es el colegio, a través del gabinete psicopedagógico, el que plantea la necesidad de un tratamiento psicoterapéutico para este niño. El informe remitido desde el colegio señala que desde que entró en el mismo, no acepta comer lo que se le da en el comedor escolar, únicamente come en su casa. La madre comenta a este respecto:

Le gusta todo pero tiene que ser mío. No permite que nadie le toque y si esto ocurre por casualidad, comienza a decir que le va a pasar algo malo, que se va a morir, dando muestras de una gran angustia y de una fuerte depresión. A medida que avanza el tiempo y se hace más mayor, parece que la depresión es más fuerte. Nunca juega con nadie en el colegio, en el patio permanece solo y alejado de los demás niños. El informe logopédico plantea diversas dislalias, pobreza de vocabulario, retraso en la estructuración de las frases y ausencia de lectura y escritura.

Los primeros dibujos que llego a conocer:

Primer dibujo: *«Este era yo que no había más familia».* Fig. 1.

Segundo dibujo: *«Andrés pero otro».* Fig. 2.

Tercer dibujo: *«No sé si es un hombre o una mujer, creo que es una mujer».* Fig. 3.

En esta secuencia de datos de la historia y de dibujos realizados por él cabría señalar como puntos nodales del delirio lo siguiente:

El no come si no es de la madre. La comida es algo respecto de lo cual no hay separación

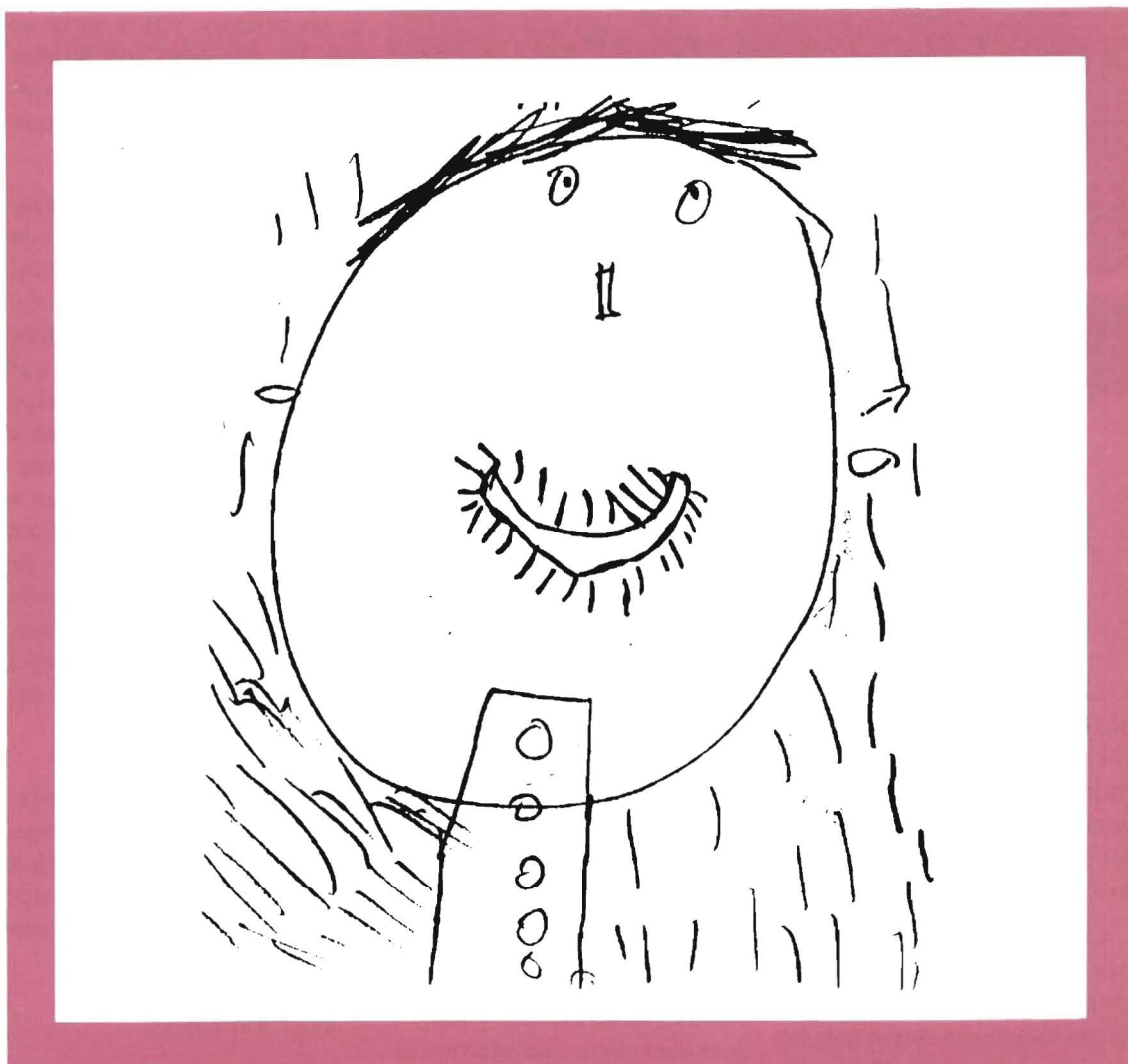


Fig. 1

entre él y su madre. Si come de cualquier otro lugar teme que morirá y este temor lo generaliza a toda la imagen corporal, cualquier roce de su cuerpo realizado por otra persona puede ser igual de peligroso para él que comer algo que no sea de su madre. La comida y la superficie del cuerpo es algo que queda entre él y su madre.

El dibujo que realiza de él mismo posee una boca rodeada de dientes que devoran a su boca. En el segundo dibujo se trata de él mismo *pero otro*. En el tercero duda sobre el sexo de la persona que ha dibujado, pero cree que es una mujer.

Podemos pensar que el centro del pensamiento paranoico, el punto en el que se trata de adecuarse a los Significantes del Otro, de satisfacer la Demanda del Otro, punto paradójico que permite la existencia sólo a cambio de una nueva amenaza sobre esta existencia ganada, se sitúa en el tema de

la comida anudado al tema de la imagen, pues teme tanto la muerte si come de algo que no es de su madre como si alguien le toca. En los dibujos aparece estupendamente representada esta articulación, pues tanto cuando se dibuja a sí mismo como cuando dibuja al otro, en la boca se trata de una boca que se come a su boca, que es devorada por sus dientes. Lo relativo a la oralidad y lo relativo a la mirada se entrecruzan mostrando lo contradictorio de su existencia; la vida que proviene de la comida o también de la imagen propia puede ser la muerte. Parece que ha decidido que su cuerpo está para dar existencia a unos significantes —*come de todo pero tiene que ser mío*—, así su cuerpo también existe, pero sólo para encontrar la amenaza de muerte en cada comida que no sea de su madre, en cada roce de cualquier otro, en la representación de una persona, *él mismo pero otro*.

En el transcurso de las primeras sesiones cuenta que en el tren había un chico que quería atacarle. Ante la pregunta de por qué creía él que le iba a atacar el chico del tren, Andrés responde: —*iba por mi camino*—. Iba por su camino al salir del tren y dirigirse a la salida de la estación, pero para Andrés, sólo por llevar su camino, se trata del semejante —*él mismo pero otro*—. Esta es la posición del Sujeto frente al lenguaje en la paranoia, ésta es la forma de entender, de vivir las palabras: si iba por su camino es que se trata de él mismo. Andrés añade que este chico llevaba una pulsera como la mía. Este es el riesgo Transferencial, la dificultad específica señalada al comienzo de este artículo. En este caso sirvió para cortar esta posición del analista el introducir un tercer elemento en las sesiones. Por ello se pidió a la madre que estuviera presente en las sesiones, con el fin de que contara todo

lo que recordara del desarrollo de su hijo para permitirle la historización.

A partir de aquí se puede seguir un movimiento de construcción delirante que, sin embargo, tiene efectos terapéuticos.

El chico que le había perseguido en el tren se asocia a uno que aparece en el comedor. Dice: —*esos chiquillos quieren algo de mí, a veces en el comedor aparecen de repente, el comedor se llena, el comedor se vacía... En el comedor hay un niño moreno rubio que me asusta, es como yo, pero tiene los ojos azules, las gafas no son como las tuyas*—. Le asusta porque le puede pellizcar y pegar o, simplemente, tocarle el pelo.

Afirma que ya no se parece al psicoanalista, al menos las gafas no son como las suyas. Pero hay que observar que esta afirmación aparece tras una concatenación en la que cada afirmación va acompañada de su negación. Se trata de un niño —*moreno/rubio, no es como yo, tiene los ojos azules*— (pero él sí tiene los ojos azules).

Hay un texto de Freud titulado «*El doble sentido antitético de las palabras primitivas*» que creo puede ser esclarecedor recordarlo respecto de esta forma tan curiosa de referirse a cuestiones estrechamente vinculadas al delirio. En este texto Freud recoge el hecho de que en el idioma del Antiguo Egipto existían palabras que podían significar los dos sentidos opuestos. Para desvelar el equívoco que podía suscitar, dibujaban una imagen que señalaba en qué sentido estaba utilizada la palabra. Si una palabra podía significar alto y bajo al mismo tiempo, se colocaba la imagen de una figura humana esbelta o baja, según el caso. También existían palabras formadas por la yuxtaposición de palabras con sentidos opuestos y que juntas tomaban un único significado. Quedan restos de este proceder en los idiomas ac-

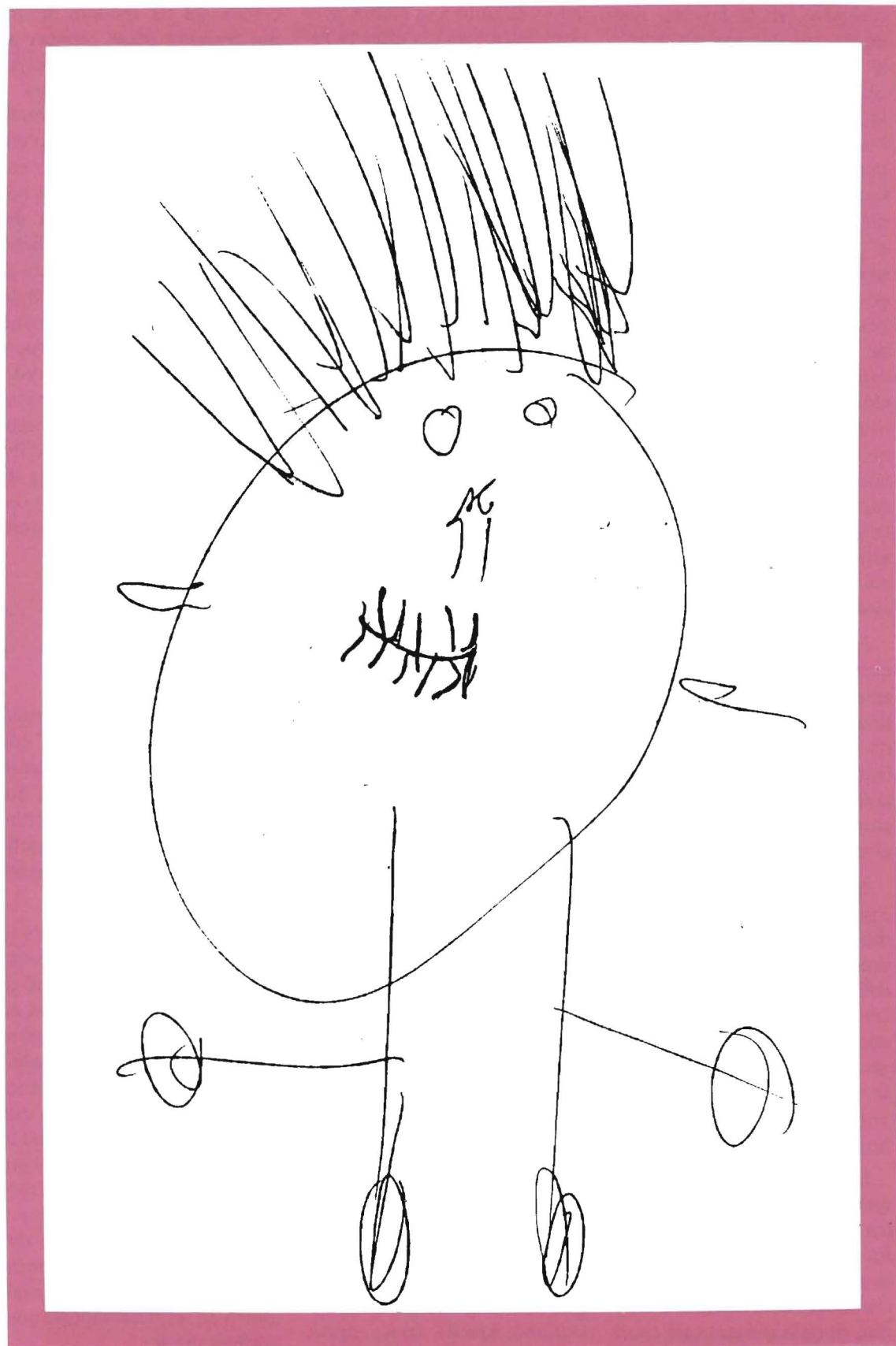


Fig. 2

tuales. La palabra inglesa *Without* se compone de *with* (con) y *out* (sin, fuera). Freud plantea que puesto que parece que la formación de los conceptos parte de la oposición de los contrarios, la manera de proceder con las palabras uniendo opuestos, ya sea mediante la

utilización de una palabra con dos sentidos opuestos posibles o mediante la reunión de dos palabras de sentidos opuestos para designar una de las dos posibilidades, recoge el proceso de formación de los conceptos.

Aquí se puede señalar *la función de semblante del analista*,

jugando un papel en la formación de la idea del semejante. El analista, en tanto semblante, participa de los dos lados señalados en la lectura propuesta, del semejante amenazador y de un ideal, unas palabras que lo definen y lo tranquilizan, pero que pueden convertirse en lo

contrario, en la muerte, pues nunca van a alcanzar a definirlo. En el momento transferencial en el que Andrés cree que la pulsera del analista es idéntica a la que llevaba el chico que le persiguió en el tren, el tratamiento está en un punto difícil, puesto que el analista es el perseguidor. En el último momento señalado hay un juego de contrarios que permite pensar que el analista es tomado como semblante en un proceso «similar» al de la formación de conceptos. Subrayo «similar», en la medida en que no se trata de la formación de conceptos propia de la Simbolización, pues, como veremos en la segunda parte del artículo, la estructura psíquica de referencia no se modificará, seguirá siendo la psicosis.

La introducción de un tercer elemento durante las sesiones, en este caso la madre de la realidad, había permitido este tipo de trabajo señalado, la construcción de un delirio que debe entenderse como un intento de curación y que puede tener efectos terapéuticos.

El nunca hacía dibujos, o casi nunca. Yo conocía unos dibujos que había realizado en presencia de la psicóloga del colegio y alguno que dibujó en las primeras entrevistas. Desde entonces, a lo largo de un año no realizó ninguno, sólo tocaba la silla en la que se sentaba, nunca tomaba un lápiz, ni una hoja, ni juguetes.

Esta situación cambió. Comenzó a preguntar de qué eran los materiales de las paredes, los sillones... Al mismo tiempo se asombraba de la permanencia de las cosas *siempre lo mismo, tu casa siempre está igual*, decía. Luego comenzó a hablar acerca de los cuadros que hay en la consulta, algunos abstractos, y de los que opinaba que era rayajos, debería quitarlos y poner un dibujo de la consulta, la sala o el edificio. Después dibujó en el aire, con gestos de las manos, la consulta, la mesa, las sillas. En una ocasión dijo que deberíamos hacer una muralla, yo debía quedar a un

lado y él junto a su madre en el otro. Parece que la efímera representación realizada le permitía no tener que creer que podía destruirlo con mi sola presencia y conversación, ya que se podía construir una muralla.

Llegados a este punto podemos preguntarnos qué ha ocurrido respecto de la estructura. Desde algunas escuelas de psicoanálisis, se ha planteado que el tratamiento de niños psicóticos puede desembocar en una transformación de la estructura. Un niño comienza un psicoanálisis con una estructura psicótica y puede terminarlo viendo el mundo desde la neurosis obsesiva, planteamiento criticado por Lacan.¹ En el caso que estamos presentando, el desarrollo del tratamiento parece indicar que ha habido un desplazamiento del síntoma que ha producido efectos terapéuticos. Los informes remitidos por el colegio señalan cambios en el aprendizaje, el lenguaje, la conducta. La madre informa de un mayor interés hacia la vida social por parte del niño y una vida familiar menos crispada.

Que ha habido un desplazamiento del síntoma parece claro, pero que haya un cambio en la estructura hay que analizarlo detenidamente.

2. CAMBIO DE ESTRUCTURA O DESPLAZAMIENTO DEL SÍNTOMA

Durante las representaciones de los elementos que observa en la consulta se asombra de que todo esté siempre igual. Durante aquella época opina que en su pueblo hay menos personas que en Valencia porque allí la gente se muere, mientras que en Valencia hay más personas porque no muere nunca nadie. No entiende el devenir de las generaciones, tampoco entiende lo que ocurre en el cambio de estaciones y su relación con el ciclo de la vida: las flores, los frutos, las semillas... Durante mucho tiempo

comenzará las sesiones diciendo: *Siempre igual, siempre lo mismo*. Carece de una experiencia subjetiva del tiempo.

Como he dicho, en un principio, Andrés no comía si no era de la madre, poco a poco comenzó a comer aunque era horroroso para las personas del colegio, ver cómo manipulaba los alimentos. En primavera el colegio organizó una excursión con el fin de comerse la mona de Pascua. El cuenta que fue y le pidió una ensaimada a la persona que las estaba repartiendo, *fui y le pedí otra*, así muchas veces. Entonces escribe del siguiente modo la suma de la primera, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta ensaimada:

$$\begin{array}{r} 12 \\ 34 \\ \underline{5} \\ \text{Suma} \quad 96 \end{array}$$

Y dice: *He comido 96 ensaimadas*. Puede observarse que sabe sumar, la suma en tanto Código no se le resiste, la domina perfectamente, el problema viene en el valor, la significación dada a cada uno de los números.

Es interesante observar cómo en la Historia de la evolución del cálculo, los números de orden son anteriores en su aparición, en las diversas culturas, a los números cardinales. Los números cardinales tienen el mismo valor algebraico que la suma, un número cardinal es el número de elementos que posee un conjunto. El número 9 es el cardinal del conjunto 9 elementos, o la suma de dos conjuntos de tres y seis elementos, de cinco y cuatro... o cualquiera de las descomposiciones posibles del 9.

En el niño paranoico que comentamos, vemos cómo los números ordinales son los que tienen un sentido para él: la quinta ensaimada no es lo mismo que 5 ensaimadas, cada ensaimada es únicamente la primera, la segunda... Al realizar la suma, la hace sumando los signos numéricos que ha asociado a cada una de las ensai-

madas y resulta que ha comido en total 96 ensaimadas. Aunque el resultado es incorrecto, el código de la suma está perfectamente utilizado. Lo original del planteamiento reside en la ausencia de la relación entre el número 5 y el conjunto de cinco elementos, esta relación es la relación entre el código de la suma y el mensaje de la suma.

En un texto titulado *Las Cifras, historia de una invención*,³ se plantea el estudio evolutivo de la aparición de las diversas ideas y funciones alrededor de las Cifras. Estudios en pueblos indígenas muestran cómo las primeras formas de contar se basan en la correspondencia unidad a unidad en un orden determinado, asociando cada uno de los elementos que se quieren contar con las cuentas atadas a un cordel o con las partes del cuerpo que se siguen en un orden prefijado, acordado de antemano. Utilizan el número ordinal para contar. Si habían llegado al quinto dedo de la mano quería decir que había cinco elementos del material que estuvieran sometiendo a cálculo. Esta relación entre la posición y la significación es la que no se produce en el caso que estamos estudiando.

Jackobson,⁴ en la línea de la lingüística estructural estableció dos Leyes del Lenguaje o dos ejes, los dos ejes presentes en diversa medida en todas las unidades lingüísticas, desde el fonema, morfema, palabra, enunciado al discurso. Son el eje de la semejanza y el eje de la continuidad, o el eje del Código y el eje del Mensaje, o el eje paradigmático y sintagmático. El primero recoge las relaciones de sustitución, la posibilidad de sustituir una unidad lingüística por otra en razón de su semejanza o equivalencia, el segundo las relaciones de sucesión o continuidad, qué unidad lingüística puede ir junto a tal otra. En el discurso del neurótico están los dos ejes articulados en quiasma. Como ejemplo podemos tomar el título del texto

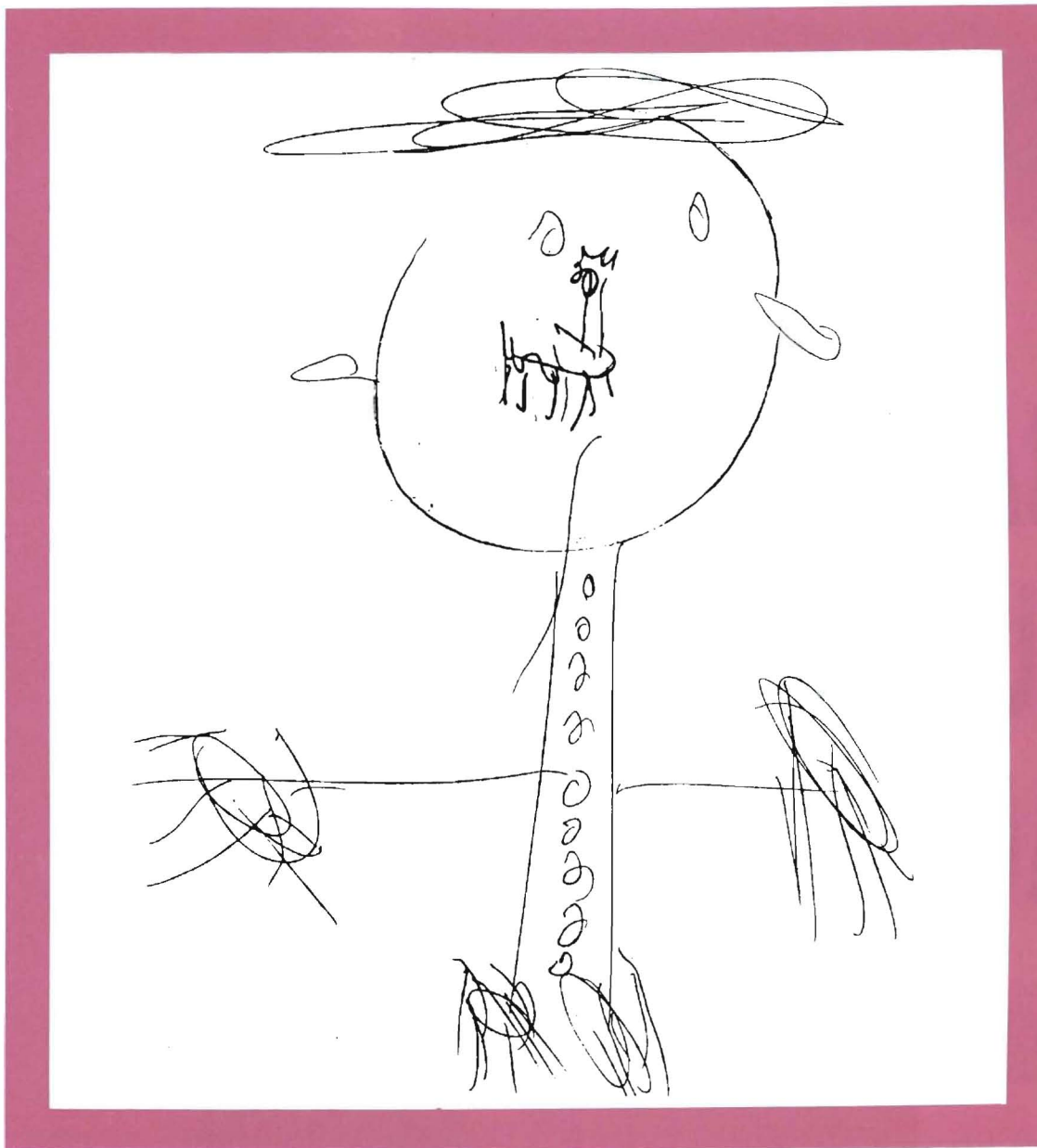


Fig. 3

de C. Marx «Filosofía de la miseria y miseria de la filosofía». El cambio de orden de las palabras cambia el sentido, planteando un contrapunto al primero. Es decir, la posición participa en la significación.⁵

En las psicosis se puede plantear que hay una escisión entre los dos ejes, *el código y el mensaje*. Se puede representar gráficamente.

Esta escisión es la que no permite realizar la equivalencia entre el número ordinal 5 y la suma o unión de 5 elementos, no permite dar significación a

lo que hay del orden de la equivalencia, de la sustitución —el número cardinal— y lo relativo a la posición, a la continuidad —el número ordinal—.

Se puede citar otro ejemplo de este mismo caso clínico en el que se ve quizá más radicalmente la cuestión de la escisión del código y el mensaje que está en la base de la certeza del paranoico. Andrés narra cómo fue con su hermana y su abuela a ver la tumba de su abuelo y que en el cementerio, junto a la tumba de su abuelo, habían abejas que hacían un ruido.

Ante ella, el psicoanalista comenta que las abejas al volar hacen un ruido y Andrés responde: —*No, lo que pasa es que una le dice a la otra, pícale, pícale*—. Andrés realiza casi la mayor reducción posible de la significación, da sentido a un ruido.

Respecto del tema que he planteado en esta segunda parte del artículo creo que se puede deducir un desplazamiento del síntoma, a partir del trabajo realizado en las sesiones, del movimiento transferencial que ha suscitado y de los efectos, que ha producido, deducibles de sus verbalizaciones y realizaciones en las sesiones, observables desde la familia o el colegio. Creo que no se puede deducir un cambio de la estructura psicótica si nos atenemos

a un diagnóstico preciso que defina la posición del Sujeto respecto del Lenguaje. La escisión del Código y del Mensaje continúa. Es cierto que Andrés ya puede comer alimentos que no sean de la madre, pero sólo sostiene esa actuación un pensamiento delirante en el que tras comer la quinta ensaimada cree que ha comido 96 ensaimadas.

En cualquier caso modificar la estructura es algo que tampoco está al alcance de la neurosis, una histérica comienza y termina su análisis percibiendo el mundo, escribiendo su historia, desde la neurosis histérica. Un psicoanálisis puede permitirle una construcción fantasmática que le aporte el desplazamiento del síntoma, o lo que viene a ser lo mismo, que le permita soportar la vida, por ejemplo, no tener síntomas en su cuerpo.

Las psicosis responden a una determinada posición respecto del Otro, respecto del Lenguaje, que tiene sus consecuencias en el conocimiento. No hay una forma «normal» de conocer, si no es la media estadística que en clínica encuentra sus limitaciones. También la historia del conocimiento plantea limitaciones a esta referencia normativa. Newton, parece ser, era un psicótico. El psicoanálisis no puede, ni debe ofrecer, una forma de conocer diferente a la que proporciona la propia estructura.

BIBLIOGRAFIA

- 1 J. LACAN, *Las Psicosis*, Ed. Paidós, 1984.
- 2 FREUD, *El doble sentido antitético de las palabras primitivas*. Obras Completas, Biblioteca Nueva, 1972.
- 3 GEORGES IFRAH, *Las Cifras*, Alianza Editorial, 1987.
- 4 JACKOBSON, *Lenguaje Infantil y Afasia*, Ed. Ayuso, 1974.
- 5 G. POMMIER, *Las Psicosis*, Ed. Paradiso, 1984.
- 6 J. LACAN, *Las Formaciones del Inconsciente*, Ed. Nueva Visión, 1970.

